

dio de la incubación en el limo. Pero ¿no podría ser que este dios que descansa fuera el mismo que aquel otro dios anciano que también descansa en la misma comarca, acerca del cual se dice en la bahía de Moreton que Buddai ó Budja, como antepasado y como viejo gigante, duerme con la cabeza apoyada en el brazo enterrado en la arena y que al ver, cuando se despertó temprano, que la tierra había sido inundada, fué estrangulado por sus más afines, los hombres? Bedall, Buddai; arena, limo; crear, aniquilar: esas dos leyendas tienen muchos puntos de contacto y llevan impreso un sello polinesio.

Los dioses son convertidos en animales ó aparecen temporalmente en forma de tales. Turrumulam se presenta en forma de serpiente en las asambleas; Uokol es un demonio que habita en el agua y que aparece como serpiente colosal; y Tarada, que enseñó el tatuaje, fué convertido en un corpulento kanguro. Los kanguros gigantes desempeñan también un papel en otros mitos y leyendas australianos. En forma de pájaros de la clase de los vampiros encontramos una multitud de demonios, sobre todo al temido Melapi. Hay, además, una porción de leyendas y supersticiones de animales en parte verdaderamente absurdas: así por ejemplo, se dice que cuando un niño hace cosquillas á un perro hasta hacerle reír, el perro se convierte en niño y el niño en árbol Panpandi; y que cuando se mata una mosca Tenkendeli sin exclamar al propio tiempo *tenkendeli* no se puede volver á matar. ¡Y tantas otras cosas por el estilo!

Además de que los sistemas de enterramientos practicados en Australia demuestran una firme creencia en la vida después de la muerte, no faltan tampoco reflejos de ello en sus leyendas religiosas, dando no poco qué pensar el hecho de ver cuán íntimamente enlazadas están las leyendas de las almas con otras ramas de su mitología. Existen también indicios de una doble creencia en las almas que establece una diferencia entre el *wandah* (sombra, espectro) y el *tohi* (humo, pensamiento) que al morir sube hasta el Baiamai. Merece llamar la atención el hecho de que se promete una supervivencia á las almas de los mismos niños, aun entre aquellas tribus que, como las de la montaña Macdonell, sólo lamentan durante un período muy corto la pérdida de ellos. Con frecuencia suma encontramos la forma antropomórfica de la idea acompañada de reminiscencias de la emigración de las almas: así por ejemplo, los occidentales creen que las almas de los difuntos permanecen sentadas en los árboles, desde donde se lamentan, pudiendo empero ser atraídas por los de abajo y penetrar en la boca del que las atrae, volviendo luego á salir por detrás. Unas veces permanecen sentadas en los árboles cantando y lamentándose, otras transmigran en otros seres vivientes. Consideradas en sus relaciones de activa protección con la vida de los hombres, las almas de los antepasados son tenidas por espíritus bienhechores que determinan ciertos acontecimientos favorables: si en las costas meridionales encalla una ballena, es obra suya; ellos son los que la han enviado á la tierra como delfín. Respecto del alma del primer hombre á cuya vida no atenta nadie, se dice que transmigra en el que ha de ser agredido y vela por él como divinidad tutelar. Los difuntos pueden engendrar también malos espíritus, como por ejemplo el hipócrita y revoltoso Mani: confirman esto las frecuentes apariciones de espíritus en las tumbas y el hecho de que los muertos facilitan á los hechiceros las malas piedras para que hechen á los demás. En Port Lincoln, los espíritus de los muertos habitan muchas veces en pequeñas cuevas de rocas y salen durante la noche para comer hormigas, dejando oír en esta ocasión sus gritos.

Una hermosa leyenda de los australianos de Wellington dice que los ángeles blancos ó Balumbales se alimentan de miel y viven en las montañas del Sudoeste, con lo cual se alude á las almas, recordándonos esto que muchas tribus suponen, como los polinesios, que las almas de los difuntos habitan en una isla, situada al Oeste, ó por lo menos admiten una vida ulterior en un punto cualquiera que esté en contacto con el agua, como por ejemplo las tribus de los montes de Macdonell que creen que hay dos jóvenes imberbes ocupados constantemente en contener el agua del «Laia», paraíso, situado al Norte, en donde las almas llevan una vida alegre. Y como el dios Baiamai habita también en una isla de dioses, ese mito nos recuerda que se supone que las almas de los buenos van á juntarse con los buenos dioses: los buenos se van al cielo á reunirse con Baiamai y los malos se consumen, según dicen los indígenas de Nueva Gales del Sud. Entre los narrinyeris existía ya, al parecer, antes de la era cristiana la creencia en un tribunal que funcionaba en el cielo (*Tendi*) para juzgar á los espíritus de los muertos. Schürmann habla de un *Hades* en forma de espaciosa cabaña en la que, conforme con la teoría polinesia, habitaban las almas de los antepasados. La circunstancia de ser concebido este Hades adornado con tres soles, nos lleva á la suposición, tantas veces reproducida entre las tribus sudafricanas, de que las almas que se sumergen en el mar han de evitar un fuego para llegar á la presencia de Nurrundere. Quizás con esta creencia en residencias de las almas está relacionada la consagración de ciertos lugares, como por ejemplo las cuevas adornadas con pinturas y las cimas de las montañas á las que no se puede subir porque en ellas habitan los dioses.

La opinión de que los muertos se vuelven blancos y como á tales resucitan es un retoño notable de la creencia en las almas, que profesan los australianos: algunos indígenas han creído ver en algunos blancos á parientes difuntos y en este concepto los han saludado. Una europea que después de un naufragio fué á parar entre los kowraregas, fué considerada como la hija difunta de un hombre respetable. Los australianos occidentales aplican también á los blancos el nombre con que designan á los espectros, que es el de *djangas*, con el cual puede tener alguna afinidad el *dschingi*, espectro de los australianos de Occidente que se aparece en forma de pájaro y cuyo símbolo es el zarapito (*Ancylorhynchus*).

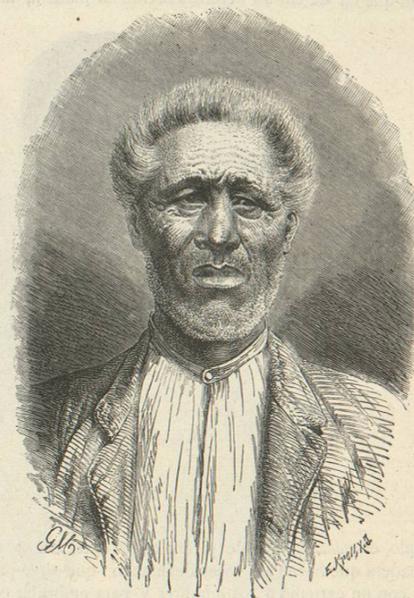
Para aumentar todavía lo miserable de su existencia, llena el australiano la naturaleza de malos espíritus en número extraordinario. Por las selvas vaga el espectro de Bunyop que, como los fetiches africanos, va cambiando de formas: Kupir roba desde sus cuevas y Arlak clava su puñal en la oscuridad. Otros fantasmas recorren los senderos de los bosques con los brazos tendidos para apoderarse del botín. Pukidni es un compañero invisible. Al igual que las brujas malayas, cruzan los demonios silenciosamente por los aires durante las noches; en cambio Mani se presenta metiendo mucho ruido, quemando el cabello y la barba y degollando á los transeúntes. Como dios malo encontramos también á Koin cuyo nombre ofrece sorprendente semejanza con el del dios bueno Koyan, y que probablemente es el mismo que Kuinio (el de gruesa barriga, el dios del fuego, cuya aparición al apagarse el fuego ocasiona la muerte), el Kunin de los sudafricanos y finalmente el Kondole, ocultador del fuego que lo usurpó á los antepasados de los narrinyeris. En el lago Macquaria, el espíritu Koin arrastra por la noche á los que duermen y los degüella, pero por la mañana los restituye á su lugar, mientras su mujer Mailkun coge á los durmientes con una red y los devora. El espíritu Marra-lye, que es familiar en el Noroeste, toma la forma y el vuelo

de un pájaro, se lanza de noche sobre los hombres y les pica de un modo insensible, ocasionándoles con ello la muerte al poco tiempo. Otro espíritu, Melapi (indudablemente el mismo nombre) aparece también como pájaro ó con cuernos. En los territorios del Sud se teme mucho á los espectros gigantes que llevan una maza. Al lado de Motogón que creó la tierra soplando, existe en la Australia occidental el pérfido Cienga que habita en el centro de la tierra y es adorado durante las tempestades. También se venera á un Warugaru que vive en los infiernos y que nos recuerda á la Yura de la constelación. Habiéndose presentado en 1881 en el cielo una magnífica *Aurora australis*, las gentes que acompañaban á Jones (jueenslandeses) fueron presa de gran consternación porque creyeron que eran las llamas de la cólera de Kutschie, espíritu muy malo y muy temido. Según creen los australianos occidentales, una serpiente alada, Waugal, habita en lo profundo de las aguas y es causa de la cacoquimia y de las úlceras: el alejamiento de Boilja, es decir del espíritu malo, es muchas veces germen de todos los males.

Con el gran número de espíritus á quienes tienen los australianos que temer, están relacionadas la variedad é importancia de sus medios de defensa. Una gran parte de los actos de esos hombres se compone de reglas que adoptan para sostener la lucha con los engendros de su imaginación sobresaltada: además de esto, la misión principal de los sacerdotes consiste en ponerse en relaciones conciliadoras ó de lucha con aquéllos. Tomándolo de Taplin, reproducimos á continuación el relato de un narrinyeri acerca del encuentro que tuvo su padre con el espíritu malo Melapi, por el cual puede verse cuán firmemente arraigada en el alma popular está la creencia en los espíritus. «Mi padre —dice—había ido al juncal para coger patos, llevándose una larga percha con un lazo en un extremo. Se había sentado tranquilamente al borde del pantano, cuando los patos se dejaron caer, y habiéndose puesto uno de ellos á su alcance le lanzó hábil y cautelosamente el lazo á la cabeza y tiró de él con rapidez. Esto espantó á los demás, por lo cual abandonó el sitio y siguiendo su camino al través de aquel alto y espeso juncal, cuyas plantas se alzaban por encima de su cabeza, llegó al lugar en que los juncos sólo le alcanzaban á la cintura. De repente sintió el zumbido de una maza arrojada que pasaba muy cerca de su cabeza, pero no pudo ver nada. Detúvose entonces y dejando en el suelo el pato y la percha, echó mano á la cesta que llevaba á la espalda, para sacar un *kanake* (maza arrojada), pues creyendo que algún enemigo había disparado desde el juncal contra él, se apercebía para el ataque. En aquel mismo momento se sintió abrazado por algo que no veía: vigorosos brazos rodeaban su cuerpo y un ser invisible le apretaba fuertemente. Había oído contar que Melapi ataca algunas veces á los hombres de esta manera y que lo mejor que en tal caso se puede hacer es defenderse: por esto, aunque temblando de miedo, entabló la lucha con el espíritu, devolviéndole todos los golpes. Los juncos crujían y se rompían debajo de sus pies, mientras él, luchando, iba de un lado á otro, y aunque se sentía niño enfrente de aquel coloso opúsole enérgica resistencia. El terror le hizo casi perder el conocimiento: no podía huir, y dejarse arrastrar sin defenderse hubiera sido horrible; de aquí que redoblara sus esfuerzos, creyendo entonces sentir que el invisible adversario iba cediendo. Animado por ello, reunió todas sus fuerzas y trató de derribar á su enemigo. Mientras luchaba de esta suerte con los músculos tendidos, los dientes apretados y la mirada fija, apareció el tenue perfil de una forma de hombre que cada vez se iba destacando

más. Entonces prorrumpió en un grito salvaje y Melapi se desprendió de él y desapareció.»

El propio autor habla de un viejo indígena, llamado Pelikan, que era excesivamente supersticioso; quejábale éste, un día, de dolor en el cuello y decía que durante la noche última habíasele aparecido un negro salvaje que le había dado un golpe en la nuca, después de lo cual habíase remontado al cielo en una llama. Procurósele disuadir de esta idea, pero en vano, y habiéndosele formado un terrible absceso que se le abrió, Pelikan curó firmemente convencido de que un golpe de una fiera sobrenatural era cosa muy peligrosa. Los europeos que viven con australianos se ven más de una vez por éstos despertados durante la noche



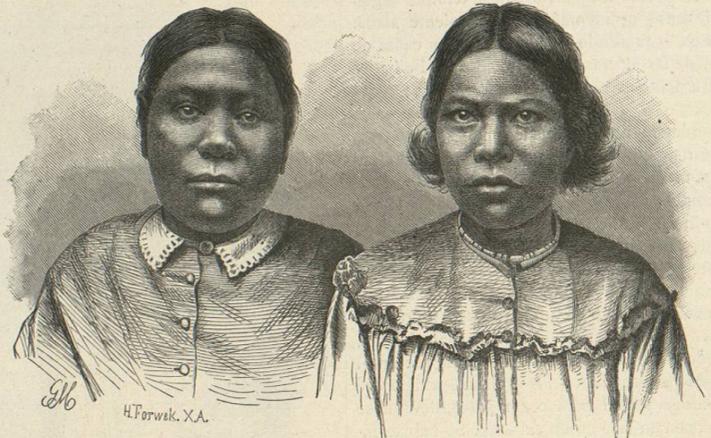
Un tonganés (de una fotografía del album de Godeffroy)

para que se pongan en guardia contra los espíritus. En cierta ocasión, Taplin se vió arrojado de la cama por un robusto australiano armado hasta los dientes que le suplicó le acompañara á su cabaña, pues temía verse atacado por los espíritus; y aquel débil europeo sin armas hubo de acompañar á aquel atleta armado hasta su choza, calmándole los temores que le producían Melapi ó Karungpe. De modo que estos pueblos están sumidos en la superstición: «sus supersticiones —dice Gerland— son tan absurdas como las nuestras.»

El australiano cree firmemente y con gran miedo en los hechiceros: éstos son generalmente ancianos que poseen algunos conocimientos en medicina y se hacen especialmente útiles porque saben exactamente aquellas tradiciones que se relacionan con el descubrimiento de las causas ó mejor dicho de los causantes de la muerte, con los enterramientos, con las consagraciones y con los conjuros. Además se les supone en posesión de aquel gran bien que tan ávidamente buscó la Europa de la Edad media, á saber la piedra filosofal. Las piedras brillantes y transparentes son para ellos sagradas y tenidas por amuletos y como á tales sólo es dado tocarlas ó buscarlas á los sacerdotes. Se cree que los hechiceros tienen en el estómago una piedra ó un hueso y que secretamente introducen partículas

de ella en las venas de aquellos á quienes hechizan, razón por la cual la curación de las enfermedades consiste las más de las veces en la extracción de estas piedras. Este cuarzo ó hueso milagroso se introduce en los hechiceros gracias á una visita que éstos hacen al mundo de los espíritus y al cual se ven transportados durante sus éxtasis: también los obtienen pasando una noche sobre una tumba recién abierta. Los hechiceros hacen también muchas veces sus manipulaciones con madera sagrada que sacan por medio de hechizos de un árbol ó de un arbusto al que se supone dotado de virtudes curativas y consagradas (véase el grabado de la pág. 42). Los dieyeries practican con un palito de madera de acacia *kayamurra* todas las manipulaciones en que ha de entrar necesariamente la madera, tales

como la ruptura de dientes, la perforación del cartilago nasal, etc. De igual madera están hechos los palos mágicos, especialmente el *plongge*, palo de nudos cuyo más ligero contacto con el pecho de uno que duerma origina en éste una enfermedad. Entre los australianos raras veces ó nunca se encuentran al parecer, los ídolos propiamente dichos, que en tanta abundancia nos ofrece el Africa; sin embargo hay algunos objetos que los recuerdan. Quizás las 18 piedras largas y cubiertas con corteza que Flinders encontró en la isla Pellew, del golfo Carpentaria, eran ídolos: en esto podría sospechase la existencia de una influencia extranjera, quizás malaya, si no correspondieran los tales objetos con bastante exactitud á algunos otros que Byrne menciona hablando del Sud de Australia, y que nos recuerda, por



Una mujer de las islas Gilbert y otra de las islas Marschall (de una fotografía del álbum de Godeffroy)

ejemplo, el *mokani*, cuña de piedra atada entre dos trozos de madera que hacen las veces de mango, que sirve para tocar con un extremo á los hombres y para embrujar con el otro á las mujeres.

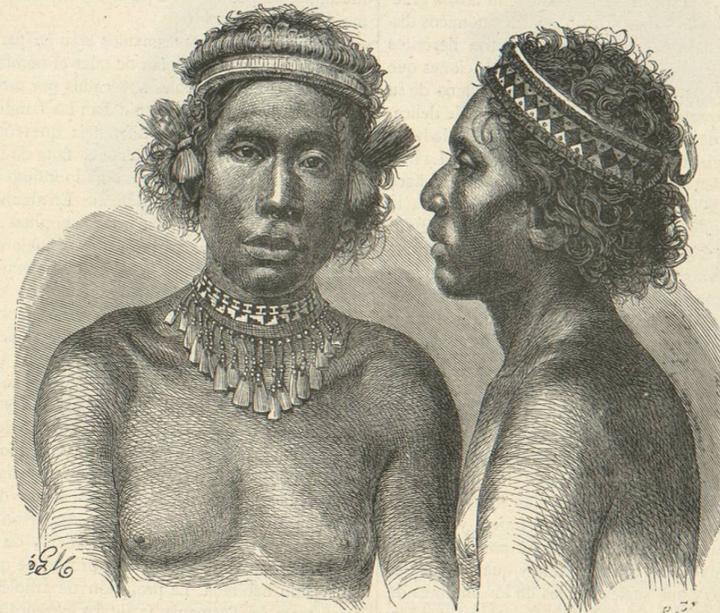
El hechizo más poderoso parece ser, sin embargo, el que se forma con alguna parte del cuerpo humano ó por lo menos con algo que sirva de alimento al hombre. Todo negro adulto se procura, para fines mágicos, toda suerte de huesos de pato, de cisne y de otras aves, ó las espinas de un pescado llamado *ponde*, de cuya carne haya comido alguno. Los hechiceros que producen enfermedades consiguen hacerse con buen número de ellos, por más que los indígenas tengan muy buen cuidado de quemar todos los huesos de los animales cuya carne han comido, para que no caigan en poder de sus enemigos. El hombre que posee alguno de estos huesos cree con ello tener un poder sobre la vida y la muerte de la persona que ha comido la carne del mismo. Para que los huesos tengan virtud mágica, primero se les entierra y luego se ensarta con ellos una bola amasada con ocre, aceite de pescado, un ojo de pescado y carne de un cadáver, y el todo se coloca sobre el pecho de un cadáver humano para que, gracias al contacto con el principio de putrefacción, adquiera un poder mortífero: este objeto se consigue al cabo de algún tiempo y entonces se guarda el hechizo hasta que llega el momento de tenerlo que usar. Si después ocurre algo que excite la cólera del hechicero contra el que ha comido la carne de aquel hueso, aquél clava en tierra este hueso cerca del fuego para que la bola se derrita lentamente y cree de todo punto que á medida

que la pasta se va derritiendo, enferma el hombre para el cual está destinado el hechizo, por muy lejos que se encuentre. Taplin refiere de un *narrinyeri*, llamado Ponge, que tenía dos hijos pequeños, un niño y una niña: un día ésta cortó jugando un dedo á su hermano, y el padre, en el primer impulso de terror, tomó el dedo cortado, se lo metió en la boca y se lo tragó. De esta suerte la desaparición del dedo era segura y no podía ningún enemigo apoderarse de él para ejercer contra el niño mágicos maleficios.

En el número de hechizos ó medicinas de que son guardadores los hechiceros figuran también casi todas las partes de los cadáveres humanos: porque se le considera con virtud mágica contra los malos hechizos, se corta el tejido adiposo que envuelve los riñones, no sólo á los enemigos muertos en el combate, sino también á los que son hechos prisioneros. La relación entre esta especie de hechicería y la medicina es de gran interés desde el punto de vista de la historia general de la civilización. Cierta que los hechiceros (llamados *melapor* entre los sudafricanos) no son los únicos médicos, que al lado de ellos existe una clase especial de éstos denominados *mintapa* en el Sud y *bilbo* en el Norte y que en los territorios occidentales curan también las mujeres ancianas, pero por regla general las dos profesiones van unidas, causando verdadera sorpresa ver, en algunas ocasiones, á los hechiceros portarse como médicos naturales perfectamente racionales. Los *narrinyeris* atribuyen todas las enfermedades á la hechicería y las tratan por medio de contra-hechizos de toda suerte, entre los cuales figura uno que consiste en murmurar sobre el enfer-

mo una especie de conjuro para hacer cesar la maléfica influencia que sobre él pesa y le hace sufrir: al propio tiempo el médico practica compresiones y masajes sobre la parte enferma y se arrodilla sobre el paciente hasta que éste gime y se queja. Contra el reumatismo emplean estos médicos naturales una especie de baño de vapor que se da de la siguiente manera, muy adecuada á su objeto: calientan algunas piedras al fuego como si hubieran de servir para guisar y construyen luego una especie de andamio, hecho con palos, sobre el cual es colocado el enfermo: luego ponen debajo del andamio algunas de las piedras calentadas, cubren al paciente con mantas no dejando libre más que la cabeza y procuran apartar á las piedras de las corrientes de aire; después, de lo cual colocan encima de ellas algu-

nas hierbas húmedas y el vapor que de esta manera se produce penetra por entre las mantas y empapa el cuerpo. También vemos aplicadas las abluciones frías (contra las fiebres, heridas), la escarificación y la sangría, procurando, empero, en esta última que la sangre no caiga al suelo, sino encima del cuerpo de otro hombre, sobre el cual se marcan líneas cruzadas en todas direcciones, pues «esto es bueno para la salud de jóvenes y de viejos», de modo que hasta en la medicación racional vemos la intervención de la hechicería. Las más de las veces, sin embargo, su manera de tratar las enfermedades es altamente absurda; por esto en parte regocija y en parte entristece al visitar la cabaña de un joven enfermo, ver al padre, de barba casi canosa, bailando completamente en cueros delante de su



Hombres de Ponape, islas Carolinas (de una fotografía del álbum de Godeffroy)

hijo una danza solemne que acompaña con cierto canto. Intimamente relacionado con el *kobong* está el hecho de que cada médico tenga su medicina especial, el uno una serpiente, el otro una hormiga, el de más allá un fucos marítimo, que califican de su amigo y protector y emplean en todas las ocasiones.

Es admirable ver cómo, aun entre estos pueblos, los objetos de veneración y de embellecimiento poético están sometidos á variaciones. Así por ejemplo, Taplin encontró las leyendas, más arriba referidas, acerca de la vida y hechos de Kurrundere mucho menos firme y completamente arraigadas en la memoria popular que el misionero H. E. A. Meyer las había encontrado 25 ó 30 años antes y, en sentir de aquel autor, los jóvenes de la generación actual apenas tienen noticia de aquellas historias. Más sorprendente es todavía la explicación racionalista que algunos indígenas dan, por ejemplo, acerca del modo de ser de su dios Nurrundere, en quien pretenden simplemente reconocer la divinización de un caudillo que condujo á su tribu á la residencia que actualmente ocupa.

CAPITULO VI

LOS TASMANIOS

«Hé aquí un pueblo con dotes suficientes para progresar, pero que no encontró ocasión para desarrollarse sino cuando era ya demasiado tarde.»
WALLACE.

Semejanza corporal de los tasmánios con los melanesios. - Trajes. - Viviendas. - Navegación. - Armas. - Sistemas de enterramientos. - Supersticiones. - Extinción de la tribu.

La isla situada al Sudeste de Australia, que lleva el nombre de Tasmania ó Tierra de Van Diemen, estaba en otro tiempo habitada por una tribu á la cual podía aplicarse la mayor parte de lo que acabamos de decir en la anterior descripción de la Australia. Aun teniendo en cuenta que los primeros observadores partieron del principio de que la Tasmania era un pedazo de la Australia (el estrecho de Bass no se descubrió hasta 1797) y por ende consideraron á los indígenas de ambos territorios como esencialmente